

de dicha ley, que, bajo diversas formas ha prevalecido después, estableció muy claramente la teoría que había de permitir á los patronos aislados ó asociados romper siempre la resistencia de los obreros aislados. «No hay corporaciones en el Estado, decía, no hay más que el interés particular de cada individuo y el interés general, y nadie debe inspirar á los ciudadanos un interés intermediario». En virtud de esos principios, la sociedad podría lógicamente impedir la formación de un club de jugadores de pelota ó de una asamblea de arqueólogos. De ese modo, la burguesía, conseguido su objeto, prohibía al pueblo todavía oprimido usar el lenguaje que ella misma había empleado. Los conquistadores del poder, reemplazando á los antiguos nobles, se habían apresurado á levantar el puente de la ciudadela donde acababan de entrar, y para asegurar más sólidamente el derecho exclusivo de los propietarios, los que nada poseían fueron excluidos del derecho de sufragio: más de la cuarta parte de los Franceses quedaron privados del voto por no pagar la contribución exigida, tres jornadas de trabajo, unos tres francos.

Por lo demás, la multitud todavía inconsciente, cuyo impulso se ejercía de una manera irresistible sobre los legisladores, apenas tenía una idea vaga de su derecho á la propiedad del suelo. Las ideas socialistas tenían escasísima representación en el gran movimiento precursor de la Revolución; casi todos los folletos escritos durante el período del entusiasmo renovador, proclaman el respeto debido á la propiedad, y por una singular inconsecuencia, en nombre de la propiedad misma, que es el primero de los privilegios, se pide la supresión de los privilegios. «¡Reformas, no Revolución!» tal era el grito universal de los innovadores que, sin saberlo ni quererlo, se introdujeron en el engranaje de la Revolución. En resumen, una veintena de escritos vagamente socialistas por la expresión, otros cinco ó seis de tendencia más precisa y consciente, tal es la significación del socialismo entre los cuatro mil folletos que, con los cuadernos, expresan los votos de Francia en 1789¹. Y durante el curso de los acontecimientos trágicos de los años siguientes, la lógica de las cosas no hizo brotar un ideal nuevo del pensamiento

¹ André Lichtenberger, *Revue Socialiste*, 2 Junio 1898.

de los escritores; el instinto primitivo no había tomado aún forma social. Ni la masa popular, ni los que la representaron, como Jacques Roux, Varlat, Leclerc, tuvieron doctrinas claras. Los que fueron llamados agitadores del pueblo no le guiaban, le seguían¹, limitándose á traducir sus vagas aspiraciones, que eran sencillamente «el deseo de mejorar, el sueño de comer hasta saciar su hambre». Y sin embargo, la historia demuestra que la Revolución, aunque sin haber formulado las primeras palabras del socialismo, fué su elemento precursor. La Revolución fué audaz, y una primera audacia engendra audacias nuevas.

Un solo nombre recuerda tentativas hechas durante la Revolución, dirigidas á una transformación social que hubiera tenido por móvil la igualdad entre los hombres y por resultado poner en común la tierra y sus productos.

Este nombre es el de Graco Babeuf, símbolo de la toma audaz de las tierras, á las que todos los ciudadanos tienen derecho. La sociedad fundada para realizar este ideal fué la de los «Iguales», que querían realizar «la comunidad de los bienes y del trabajo»². Se les dió el nombre de «anarquistas», que no merecían, pues también contaban crear la igualdad por las leyes, los decretos, la constitución



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

FRANC. EMILIO GRACO BABEUF

nacido en Saint-Quentin en 1760, ejecutado en Vendome el 26 de Mayo (?) de 1797.

¹ Bernard Lazare, *Histoire des Doctrines révolutionnaires*, p. 13.

² B. Philippe Buonarroti, *Conjuración para l'Égalité, dite de Babeuf*, p. 87.

de un comité de salud pública, la organización de un ejército de conjurados, cuyos soldados ni siquiera hubieran sido todos iniciados en el objeto de la empresa. Fracasaron esas sabias combinaciones, y el «Terror», que á la sazón funcionaba en beneficio de la reacción, aniquiló la sociedad de los «Iguales»: la muerte, las prisiones y el destierro dieron cuenta de sus esfuerzos. Babeuf fué guillotinado en 1797, pero su compañero, el pisano Buonarotti (1761-1837), vivió el tiempo suficiente para alcanzar después de 1830 nuevos apóstoles de la Igualdad, los representantes de las nacientes escuelas socialistas.

Así resultó que la gran Revolución fué absolutamente estéril para la realización del único ideal que hubiera hecho la revolución verdadera, la supresión de la pobreza. El movimiento económico continuó su curso que había de terminar en la agrupación de los capitales, en la fundación de las grandes fábricas, en el desarrollo del proletariado. En cuanto á la percepción de las contribuciones que el gobierno establecía sobre el trabajo de los ciudadanos, quedó la misma, y, como dice ingeniosamente un escritor escéptico, la reforma de los impuestos del antiguo régimen fué una sencilla mascarada; se les dió otro nombre para contentar al cándido público de los contribuyentes: la «talla» y las «vigésimas» fueron calificadas de «contribuciones territoriales»; la tasa de «maestros y jurados» y el derecho del «marco de oro» fueron reemplazadas por las «patentes»; se designó el derecho de «marca» por la palabra «timbre»; las «ayudas» se denominaron «contribuciones indirectas y derechos reunidos»; la terrible «gabela», que maldijeron tantos infelices condenados á galeras y á muerte, es actualmente el modesto «impuesto de la sal»; las «servidumbres» fueron suprimidas, pero se les reemplazó por las prestaciones. No hubo más que un cambio: el lenguaje administrativo se enriqueció con palabras nuevas¹. Pero había otro impuesto, el de la sangre, que jamás se pagó tan horriblemente como en los años que siguieron al advenimiento oficial de la burguesía parlamentaria.

Al menos, una cosa quedó como obra de la Convención, intérprete de la clase que establecía entonces su dominación política: la

¹ G. de Molinari, *Grandeur et décadence de la Guerre*, p. 221.

burguesía comprendió que el saber le era indispensable para asegurar su poder, y supo aprovechar para la generación naciente todos los progresos realizados en el conjunto de las ciencias, fundando grandes escuelas, que eran como mesas abundantemente servidas, cuyas migajas cayeron sobre el pueblo reunido alrededor del festín. No hay duda que esas fundaciones habían de terminar en la constitución de un nuevo monopolio, el de los diplomas, de la dictadura intelectual; pero los iniciadores del nuevo orden de cosas no vieron al principio en su obra más que el lado generoso de la empresa, y como consecuencia la extensión de los estudios y las investigaciones tomaron un vuelo maravilloso.

La Revolución francesa corresponde en la historia del pensamiento á una grandísima evolución, la que reemplazó las especulaciones metafísicas por la medida, el peso, la serie, la clasificación, y esto precisamente en una época en que aún prevalecía el lenguaje de la «sensibilidad», de la «sensiblería», y en que lo trágico de la vida iba casi siempre acompañado de retórica. Lavoisier, una de las víctimas de la Revolución, demostró por pesos infinitesimales cómo uno de los elementos del aire se combina con los cuerpos oxidados; Guyton de Morveau, por su método de notación química, instauró una nueva lengua que pudo servir durante un siglo, y aun en nuestros días, para guiar á los sabios en sus estudios; finalmente, por la fijación y el empleo del metro y de sus derivados, obra debida á las investigaciones de los astrónomos y de los matemáticos de la época, se simplificó grandemente la tarea material de los sabios: se hizo la claridad en sus cálculos, y pareció como si de pronto se alargara la vida, puesto que se podía producir mayor cantidad de trabajo. La forma misma del planeta que nos sostiene, medido en la Europa occidental, en Laponia y en las regiones ecuatoriales de América sirvió para determinar la longitud primaria del patrón, que se multiplica por las potencias sucesivas de diez para obtener todos los múltiplos del metro inicial — y que se divide por esas mismas cifras para obtener las subdivisiones del metro —, y que sirve también para determinar los pesos tomando el volumen del agua por intermedio. Á pesar de la tenacidad de la rutina, la medida nueva ha reemplazado gradualmente las «anas» y «brazas» antes empleadas,

y poco á poco ha conquistado el mundo, hasta en los pueblos cuya acta de nacimiento, en aquel «período terrible de la Revolución», llenó de un horror santo.

El cambio del calendario no ha tenido el mismo éxito, aunque el calendario empleado todavía en las naciones que se llaman civilizadas sea un conjunto de absurdos, algunos de los cuales tocan en el ridículo. ¿Qué fecha es esa del 1.º de Enero, que no corresponde absolutamente á nada terrestre ni á nada estelar? Los cristianos no pueden hallar otro argumento en su favor más que la leyenda relativa á la circuncisión del Hombre-Dios, por cuyo rito Jesús fué incorporado á aquella misma religión judía que había de destruir. Pero astronómica y lógicamente no debería hacerse partir el año más que del principio de una de las estaciones, sea de los solsticios del invierno ó del verano, sea de los equinoccios de la primavera ó del otoño. La Revolución francesa tomó su punto de partida en este último cambio de estación, en el 1.º Vendimiario, fecha que debía recordar al mismo tiempo á las edades futuras la proclamación de la República francesa. Sin embargo, la mayor parte de las tribus primitivas, y todos los hombres puede decirse, obedeciendo á su instinto natural, colocan el primer día del año en los primeros días de la primavera ó «primer tiempo» y celebran entonces la «renovación». La división del año en meses desiguales no es menos extraña. ¿Por qué esa diferencia de días — 28, 29, 30 y 31 —, diferencia que no tiene fundamento alguno, y que se recuerda, no por una razón lógica de ninguna especie, sino por medios mnemotécnicos más ó menos extraños? ¿No sería natural, como lo hicieron los matemáticos innovadores de la Revolución, dar á cada mes el mismo número de días — treinta, agrupados en tres décadas —, y añadir al final del año los cinco ó seis días reglamentarios que exige la posición respectiva del planeta, del sol y del mundo estelar? En cuanto á los nombres de estos meses, supervivencias del calendario romano, ¿no debieran cambiarse, no sólo en nombre del buen sentido, sino también en el de la dignidad humana? ¿No es absurdo llamar Septiembre al «noveno» mes y así sucesivamente hasta Diciembre ó «décimo», que es el mes duodécimo? Es verdaderamente indigno continuar en nuestros idiomas las prácticas de adulación inventadas por los cortesanos

arrodillados ante el conquistador Julio César y el todopoderoso Augusto. Por último, ¿á qué conservar la antigua división caldea de los meses en semanas ó grupos de siete días, cuyo ritmo es inde-

N.º 432. El 1.º Floreal en Alemania.



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.



Este mapa, debido á E. Ihne (*Petermann's Mitteilungen*, 1905, p. 97), está basado sobre la fecha de floración de una docena de especies — endrino, ciruelo, grosellero, cerezo, peral, manzano, lila, castaño, espino majuelo, citiso, serbal, membrillo — observada durante una serie de años en muchas estaciones; las más importantes están marcadas por las primeras letras de su nombre. Faltan los informes respecto de los países alpinos.

pendiente del de los años, y no ha de cambiarse la nomenclatura de los días, tomados sin ningún método á las mitologías antiguas, natu-
rista, latina y cristiana?

La Revolución francesa resolvió esta cuestión del calendario por los cuidados del matemático Romme. Desprendiéndose resueltamente de la «rutina cristiana», la nación «inscribió la República en la geometría celeste» (M. Chelet), en tanto que el cancionero Fabre d'Eglantine, elevado sobre sí mismo por el soplo de la Hora (Laurent Tailhade), inventó para designar los meses con denominaciones magníficas esos vocablos soberbios que por sí solos forman todo un poema: «Vendimiario, Brumario, Frimario, Nivoso, Pluvioso, Ventoso, Germinal, Floreal, Prarial, Mesidor, Termidor y Fructidor», nombres todos que á pesar de la contra-revolución han entrado y que permanecerán seguramente bajo los climas de la Europa occidental, y en otros países se imaginarán nombres según los mismos principios para la marcha de las estaciones.

En cuanto al cambio de era introducido en la serie de los tiempos por la Revolución francesa, no tenía razón de ser ni de prolongarse, y seguramente el porvenir no volverá á él. El año I de la República no fué el advenimiento de una humanidad nueva, despojada de las preocupaciones tradicionales y viviendo dichosa en completo espíritu de justicia y de paz fraternal: la edad de oro siempre esperada, siempre retardada, no surgió esta vez; la claridad fugitiva percibida no fué sino una falsa aurora. La era republicana sustituyendo á la era cristiana no fué sino una ilusión sucesora de otra ilusión. Ninguna revolución, por importante que sea en su ideal y en sus consecuencias realizadas, desprende el género humano de su pasado; y la misión de la historia consiste precisamente en exponer el desarrollo sistemático de los acontecimientos á través del ciclo de las edades, lo mismo que la repercusión de pueblo en pueblo á través de la superficie terrestre. La era verdadera¹, no hallada

¹ Véase acerca de este asunto: «Nouvelle proposition pour la suppression de l'ère chrétienne», *Temps Nouveaux*, 6 de Mayo de 1905.

He aquí su traducción, tomada del *Boletín de la Escuela Moderna*, de Barcelona, de 31 de Mayo de 1905:

«De la supresión de la era cristiana. — Hay cándidos que se imaginan que el proyecto de ley para la separación de la Iglesia y del Estado contiene la solución de los problemas futuros, relativamente á la verdadera emancipación de la conciencia humana.

» No hay tal. Discutan, enmienden y voten cuanto quieran los señores de la Cámara y del Senado, la situación siempre es la misma, porque el Estado y la Iglesia coinciden en tener una misma y única ambición, y puede decirse que se confunden esencialmente por sus principios: ambos pretenden la autoridad absoluta.

» Conocemos la Iglesia por Gregorio VII, Inocencio III, el Concilio de Trento y las inqui-

aún, será la que determine científicamente las fechas precisas del hecho conocido más antiguo en los anales de la humanidad.

La repercusión del gran drama de Francia sobre las otras comarcas de Europa y del mundo fué muy diversa, según la diferencia de

siciones de todas formas, católicas y protestantes; no le basta con poseer las almas, quiere también los cuerpos; no se contenta con las creencias, ambiciona también los bienes.

» El Estado por su parte quiere indudablemente convertir los súbditos en esclavos, sujetándolos por el impuesto, por las leyes y por una reglamentación íntima y molesta: con la pretensión además de dictar la moral y de reinar sobre las conciencias. Los catecismos se equivalen, tanto si van adornados con la cruz como si ostentan el escudo nacional.

» Á nosotros, pues, los rebeldes, corresponde arruinar á la vez la autoridad concebida por las gentes de la Iglesia y por los sicarios del Estado; hemos de hacernos libres. Libres de toda creencia en el milagro; desprendidos de todo razonamiento que vuelva nuestras ideas á la concepción de un señor absoluto, y nuestros actos á la práctica de la obediencia tradicional; hay que entrar de verdad en una sociedad nueva, en que toda fuerza sea debida á las individualidades pensantes y activas y á su agrupación autónoma en renacientes centros de energía.

» Somos nosotros mismos los que hemos de separarnos del Estado y de la Iglesia, no dando á las instituciones del pasado más que un valor histórico.

» De modo, que en esa cuestión de la Iglesia, lo mismo que en la del Estado, la política corriente sólo tiene para nosotros un interés puramente exterior; la verdadera evolución se verifica en nosotros. ¿Hasta qué punto hemos podido desprendernos de toda superstición religiosa y especialmente de las supervivencias cristianas? El lenguaje contiene multitud de expresiones procedentes de una creencia primitiva en el milagro: ¿hacemos un esfuerzo para abandonarlas, sustituyéndolas por formas verbales y por frases que tengan valor real en concordancia con la razón? ¡Cuántas veces en nuestras conversaciones hemos tropezado con las palabras «creación del hombre», «palabra de Evangelio», «bella moral cristiana», y cuántas veces, por la división del tiempo en semanas, fiestas, meses, años, siglos, era general, etc., hemos regresado á las absurdas concepciones cristianas! ¿Hay nada más desprovisto de buen sentido que la ordenación de los acontecimientos en dos categorías contrarias, la de los hechos ocurridos antes del presunto nacimiento de Jesucristo, suponiendo que haya existido, y la clasificación de los hechos ocurridos posteriormente á ese nacimiento? Según ese método irracional, todos los puntos de la historia se clasifican de conformidad con una fecha puramente hipotética, y según dos escalas contradictorias: una descendente hasta cero, otra ascendente desde ese mismo cero hasta nuestros días. Un doble sistema de numeración, que funciona en sentido inverso, perturba forzosamente la inteligencia y produce una confusión mnemotécnica que termina para muchos en la ignorancia: abandónase el conocimiento de una clasificación destinada de antemano á inmediato olvido. ¡Y pensar que hay en este momento en los bancos de la escuela más de cien millones de niños obligados á especular sobre ese fárrago de una doble cronología, que divide, por ejemplo, el reinado de Augusto en dos partes, desde el año 29 al año 0, y desde el año 0 al año 14! ¡Y que sea necesario adicionar toda una serie de más (+) con una serie de menos (-)!

» Entre las eras sucesivamente adoptadas por los pueblos, no hay seguramente una á la vez tan ridícula y tan contraria á un estudio serio de la historia.

» Se comprende la era de los judíos, que parten resueltamente de lo que creen ser el principio del mundo, según sus libros santos. Verdad es que, según diferentes copistas, cuya nomenclatura no era la misma, daban á esta creación de la tierra fechas que diferían aproximadamente en un millar de años, pero el principio quedaba á salvo. La mayoría de los otros pueblos contaban naturalmente las edades á partir del período en que comenzaban sus propios anales. Los caldeos y los egipcios partían de la fundación de Babilonia ó de la de Menfis; los griegos tenían la serie de los juegos nacionales, celebrados en Olimpia, y los romanos median su existencia por la de la ciudad que aún hoy se llama la «Ciudad Eterna».

» Evidentemente hay que fijarse en un método que concuerde con la razón: no basta disfrazar el origen eclesiástico de la cronología de las escuelas, dándole el nombre de «era común» ó «era vulgar», por no decir «era de Nuestro Señor». Se ha buscado con empeño,

los medios. Ruda fué la sacudida, y en tanto que ciertos Estados, como la Gran Bretaña, extremaban su resistencia ante el peligro, otros, profundamente conmovidos, habían de acomodarse al nuevo orden de cosas, conforme á nuevos repartos geográficos: al viejo é

en los tiempos más remotos que recuerda el hombre, un hecho inicial que abarque toda la sucesión de acontecimientos que constituyen nuestra historia; sin embargo, hay que reconocerlo, la obscuridad de los documentos de que disponen los historiadores no les permite ponerse de acuerdo sobre la fecha precisa de los acontecimientos relativamente poco lejanos de nosotros, tales como los que precedieron á las guerras médicas y los conflictos entre Roma y Cartago; con mayor motivo se está en duda cuando se trata de hechos que, si ciertamente han ocurrido, la tradición los coloca más ó menos vagamente en las edades anteriores al florecimiento de la cultura en Egipto y en Mesopotamia. Respecto de estos hechos, las evaluaciones varían de centenas y aun de millares de años, y toda era que parta de uno de esos hechos de fecha incierta dará lugar á inocentes discusiones, debiendo ser de antemano recusada como hipotética.

» No es, pues, en la coyuntura de los acontecimientos terrestres, sino en los movimientos celestes, donde ha de buscarse una era inicial desde la cual puedan clasificarse todos los acontecimientos de la historia humana con sus fechas, las primeras más ó menos conjeturales, las segundas ya más aproximativas y las otras seguras y comprobadas por la comparación de los anales.

» En esto no hay más que seguir los estudios de los sabios que descifraron las escrituras cuneiformes. Conviene adoptar la era científica, á partir de la cual la historia clasificará sencillamente la serie de los hechos sin que la memoria de los escolares se obstruya, en honor de Jesucristo, con dos cronologías que se desarrollan en sentido inverso. Así, partiendo del primer eclipse reconocido, la construcción del Partenon dataría del año 11,004; el descubrimiento de América por los normandos respondería el año 12,542, y actualmente estaríamos en 13,447. Claro es que habiendo de ser serio el estudio en nuestras escuelas, la cronología sinóptica no se emplearía sino para fijar de una manera general la sucesión de todos los acontecimientos del mundo; pero habiendo tenido la historia de cada pueblo su evolución particular en el tiempo y en el espacio, habrá de ser estudiada en el período de su vida especial, en el curso de la duración de los siglos que le corresponden. Cada país, China, India, Grecia, Roma, Francia, Inglaterra nos aparecerá en su tiempo, en su sucesión general del ciclo humano.

» No ignoro que una proposición como la que someto á nuestros amigos, sólo puede tener valor á condición de responder á un voto popular; si el deseo de saber y de la simplificación del estudio penetra profundamente en la masa de las naciones que se dicen civilizadas, es indudable que será recogida, discutida, resuelta y producirá una verdadera revolución intelectual; porque la supresión de un absurdo en beneficio de la verdad bien merece ese nombre.

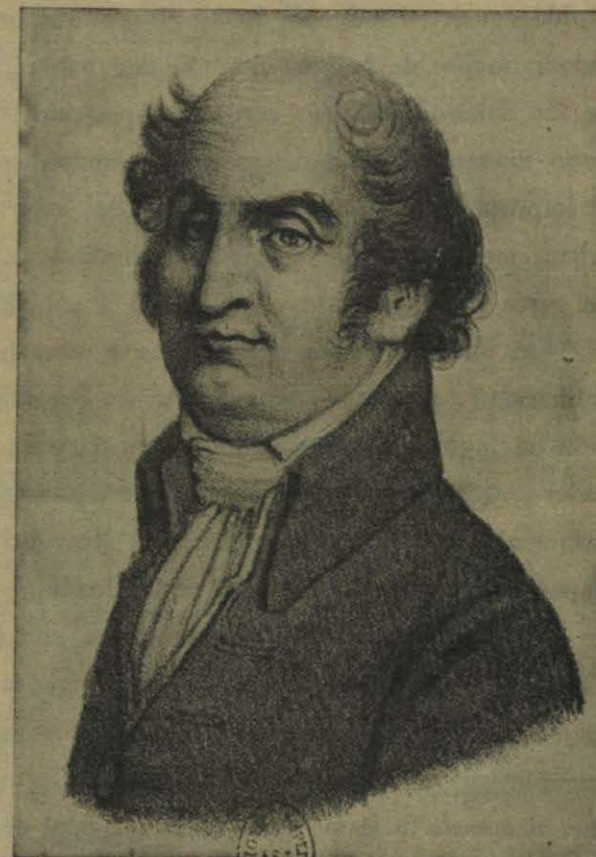
» Ya en el siglo xvi, un erudito, José Scalígero, resolvió la cuestión de una manera análoga, pero no se vió en su trabajo más que un juego de ingenio; después, en 1892, el excelente Gabriel De Mortillet, el geólogo anticristiano, propuso una reforma cronológica poco diferente; pero se dirigió á unos sabios, que se limitaron á sonreír ante su celo iconoclasta.

» No hay que decir que no incurriremos en la tontería de presentar nuestro voto en forma de petición á ninguna sabia academia; harto sabemos de antemano la acogida que se le haría. Las academias se han instituido para conservar piadosamente las cosas pasadas, para honrar lo viejo y mantenerlo en su rancio carácter de antigüedad; ellas son la defensa del viejo lenguaje del gran siglo contra todas las invasiones del lenguaje moderno; á pesar suyo se han creado todas las palabras nuevas, todos los giros literarios que responden á las adquisiciones y á las transformaciones del pensamiento, á las pasiones de la vida. No hablo, pues, aquí más que á mis compañeros en rebeldía, quienes, por su acción directa, no sólo desean constituir una sociedad nueva, sino que quieren también darle toda una decoración artística correspondiente y un cuadro científico desembarazado de todas las formas trasnochadas de las religiones antiguas. Ha llegado el tiempo de las escuelas revolucionarias y de la ciencia emancipada, y confiamos en los jóvenes decididos á cortar definitivamente el cable que nos ligaba á la religión de la servidumbre y del milagro.»

inestable equilibrio sucedía forzosamente otro nuevo, más en relación con las condiciones ambientes.

Bélgica entró en el remolino revolucionario. Siendo contra la naturaleza antigua dependencia de España, que ésta, á causa de la imposibilidad material de las relaciones á través del territorio de Francia, hubo de transmitir á su aliada la no menos católica y devota

Austria, Bélgica hizo también su revolución algunos meses después de la toma de la Bastilla. Conducida nuevamente por la fuerza bajo la dominación imperial, fué invadida en 1792 por los ejércitos republicanos para convertirse en un gran campo de batalla, en cuyo suelo propicio se disputaban los destinos de Europa. En cuanto á la próxima Holanda, ya habían pasado los días en que podía medirse victoriosamente con las flotas de Francia y de Inglaterra. Había desaparecido el



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

CH. G. ROMME

nacido en Riom en 1750, condenado á muerte en la reacción de Prarial, año III,

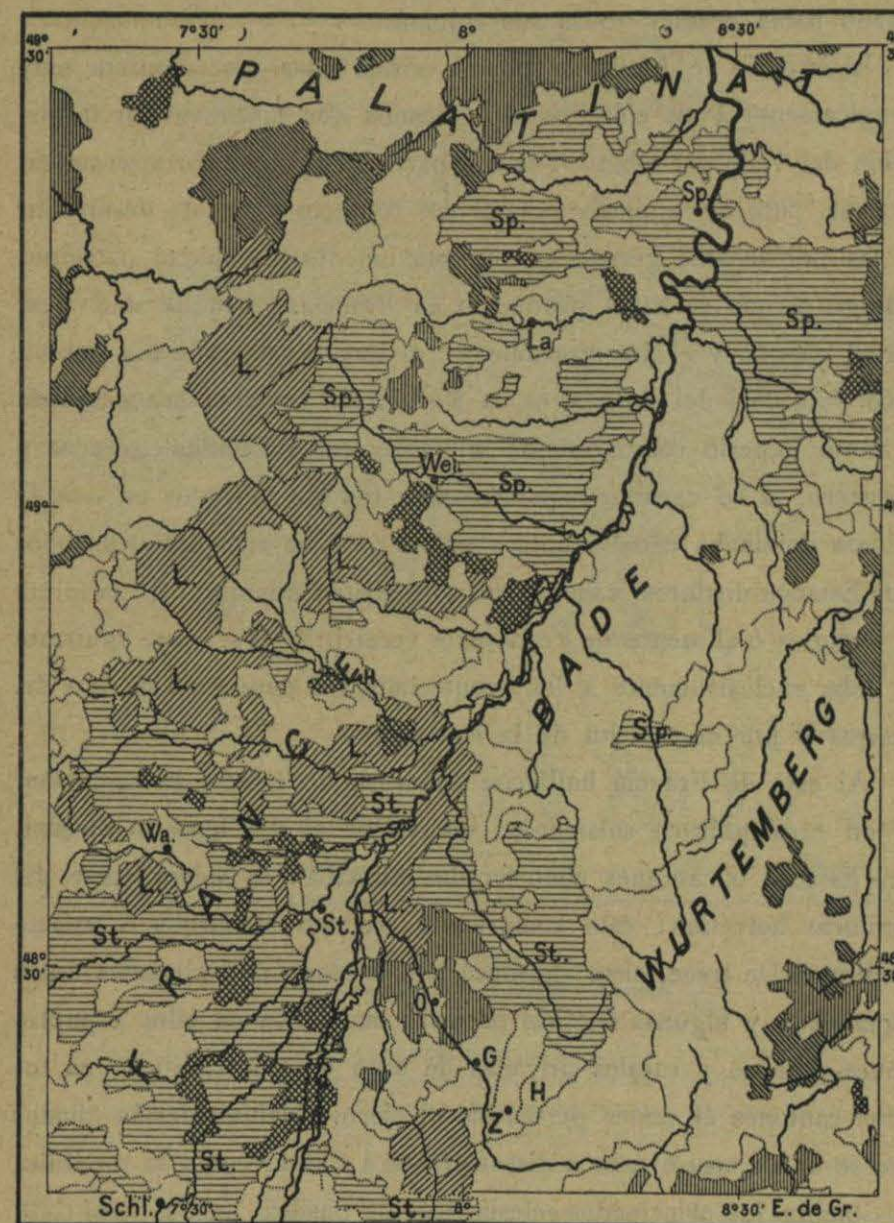
se dió muerte á puñaladas con otros cinco amigos.

viejo espíritu republicano, y la burguesía, harta de riquezas por la venta de especias, envilecida moralmente por la mala conciencia que da el parasitismo, no tenía ya la energía necesaria para emplear sus capitales en la defensa del territorio nacional. Sucesivamente se habían dirigido graves ataques á la independencia de Holanda por sus vecinos ingleses y prusianos, cuando las tropas francesas se presen-

taron á su vez: en algunas semanas se entregó el país casi sin defensa, y la República báltica, satélite natural de la República francesa, quedó constituida (1795). Pero el nuevo Estado carecía ya de flota, ó lo que de ella le quedaba era insuficiente para rechazar los barcos de guerra ingleses. Las colonias lejanas de Holanda, teniendo cortadas sus comunicaciones con Amsterdam y hallándose faltas de fuerzas locales organizadas que pudiesen resistir á nuevos invasores, cayeron rápidamente en poder de los Ingleses, que obtuvieron con ello una indemnización de la gran pérdida que habían sufrido por la escisión de los Estados Unidos: verdad es que parte de ese mundo colonial hubo de ser devuelto después á Holanda, pero Inglaterra conservó el importantísimo punto estratégico del cabo de Buena Esperanza y Africa meridional con sus colonos holandeses, que durante el curso de cerca de un siglo no ha llegado á conciliar.

Las naciones están unidas unas á otras por un lazo de estrecha solidaridad: el intenso movimiento de reacción que se había producido en Inglaterra se extendía á Francia para hacerla también retroceder. A primera vista parece una paradoja considerar las causas principales del aborto que sufrió la Revolución en la conquista del imperio Indio por la Compañía de las Indias y, de una manera general, en el parasitismo colonial de Inglaterra, con sus forzosas consecuencias la destrucción de los enemigos indígenas y la esclavitud de los negros, y, sin embargo, esta afirmación se apoya sobre hechos innegables. ¿No fué, entre tantas causas que desviaron el espíritu revolucionario y le lanzaron en la vía fatal de la guerra más cruel y de la conquista, la más importante la adhesión inquebrantable de Inglaterra á todo el viejo régimen de derecho divino y de los privilegios señoriales? ¿No encontró la Europa monárquica el sólido punto de apoyo que acabó por darle el triunfo en el dominio de los mares y en los beneficios del comercio? ¿Y en qué halló esa fuerza reaccionaria la aristocracia inglesa sino en la complicidad del mismo pueblo, pervertido por sus victorias en las regiones lejanas, por la gloria militar, por las guerras de corso y por todas las infamias del parasitismo colonial? Los grandes crímenes cometidos por la trata de Africa y por la extremada explotación de Asia habían abatido por completo al pueblo después del período revolucionario del siglo XVII,

N.º 433. El valle del Rhin poco antes de la Revolución.



1: 1000000

0 10 20 40 60Ki

Entre el centenar de territorios distintos en los límites del mapa, señalamos: Spira y las propiedades de su obispo (Sp.), Estrasburgo y las propiedades de su obispo (St.), los distritos del señor de Lichtenberg (L.); las ciudades llamadas libres: Landau (La), Wissemburgo ó Weissenburg (Wei.), Hagenau (H.), Wasselonne (Wa.), Schlettstadt (Schl.), Offemburgo (O.), Gegenbach (G.), Zell (Z.) y Harmersbach (H.).

y esa decadencia permitía á los nobles ingleses emplear contra una segunda revolución á la nación misma que había realizado la primera.

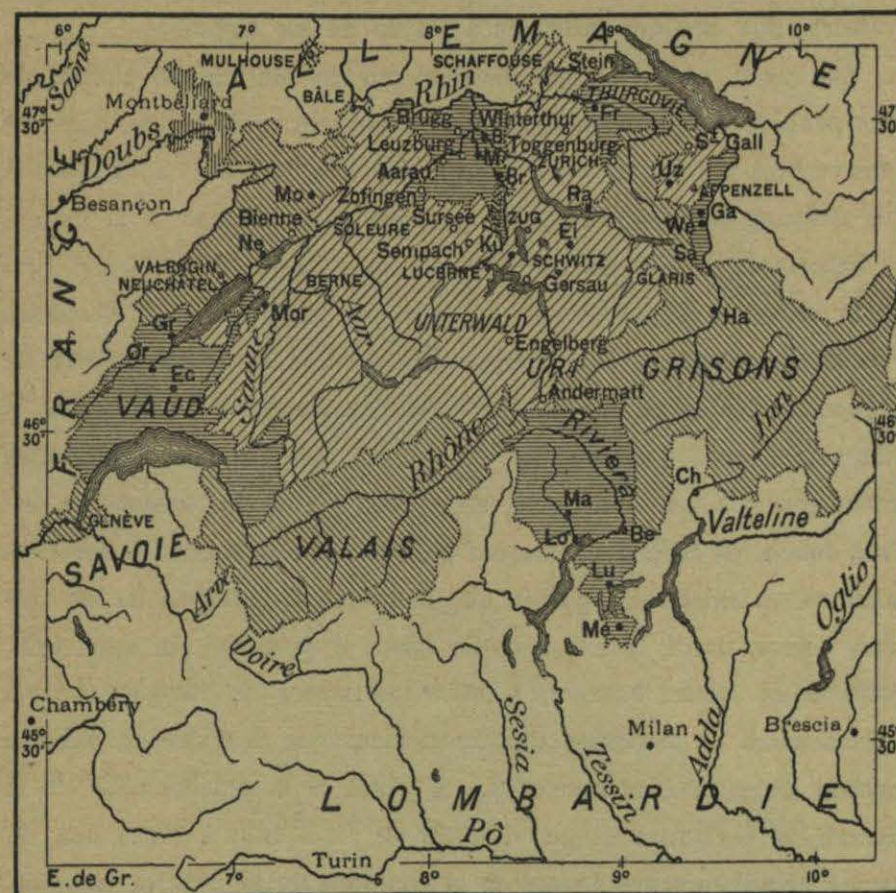
De todos modos, es notable que la Revolución se hiciera en Francia cuando había perdido todas sus colonias.

El imperio de Alemania, por su misma masa, podía resistir muy enérgicamente á los ejércitos republicanos que luchaban por la posesión del valle del Rin. Por esa parte la guerra tuvo alternativas diversas, pero el resultado general del conflicto había de desarrollar en las poblaciones germánicas un movimiento de unidad patriótica análogo al que se había producido en Francia. Aunque sólo fuese por el choque y el amontonamiento, el caos se regularizaba poco á poco. Al final del siglo XVIII, la Revolución francesa había hallado el Santo Imperio compuesto de mil novecientos Estados, grandes y pequeños, si se cuentan separadamente todos los feudos en que la nobleza dominaba como señora absoluta¹. Cien años después, todos esos Estados distintos, excepto dos, no existen más que bajo la forma de vestigios ó al menos de «cadáveres recalcitrantes», y ese contraste se debe exclusivamente á los acontecimientos determinados por las guerras y por el espíritu de la Revolución.

Al este de Francia hallábase Suiza en un estado de confusión, en un caos político solamente comparable al del imperio alemán. Los Estados ó cantones confederados formaban la menor parte del territorio helvético: éste comprendía también bailiazgos ó países-súbditos. De trece, siete cantones tenían rango de «ciudades libres imperiales» y algunas familias patricias mandaban en ellos á poblaciones urbanas y rurales privadas de todo derecho político; en los otros cantones el poder pertenecía al clero. Había además aliados que se unían más ó menos directamente á Suiza: como la república de Ginebra, los principados eclesiásticos de Basilea, Valais, Saint-Gall, la confederación de los Grisones y los principados de Neuchatel y Valengin. La intervención francesa, sostenida, principalmente en el cantón de Vaud, por insurrecciones locales, contrariada en otras partes, sobre todo en los cantones viejos, por la observancia hereditaria de las costumbres, puso fin á todo ese conjunto de supervivencias contradictorias, pero sin respeto para los «Derechos del hombre» solemnemente proclamados. En 1798 la República helvética fué cons-

¹ A. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, t. I, ps. 273 y siguientes.

N.º 434. Suiza, en 1795.



1: 3 000 000

0 25 50 75 Kil.

He aquí, según A. Himly, los principales elementos de que se compone Suiza:

Los 13 cantones: Zurich, de que procedían las ciudades libres Stein y Winterthur; Berna con Brugg, Lenzburg, Aarau y Zofingen; Lucerna con Sempach y Sursee; Uri y el país de Andermatt; Schwitz con la ciudad vasalla de Kussnacht y el país de Einsiedeln (Ei.); Unterwalden; Zug; Glaris y la ciudad vasalla de Werdenberg (We.); Basilea; Fribourg; Soleure; Schaffhouse y por último Appenzell.

Los países dominados: Sarganos (Sa.), Turgovia y Frauenfeld (Fra.) pertenecientes á los ocho cantones viejos y Appenzell; — Baden (B.), Bremgarten (Br.), Mellingen (Me.), Rapperswyl (Ra.) á Zurich, Berna y Glaris; — Bellinzona (Be.) y la Riviera á los ocho cantones viejos; — Locarno (Lo.), Val Maggia (Ma.), Lugano (Lu.) y Meudrisio (Me.) á todos los cantones excepto Appenzell; — Morat (Mo.), Grandson (Gr.), Orbe (Or.) y Echallens (Ec.) á Berna y Friburgo; — Uznach (Uz.) y Gams (Ga.) á Schwitz y Glaris; — Engelberg y Gersau, libres bajo la protección de los cuatro cantones florestales; — el país de Vaud á la ciudad de Berna.

Los países asociados: La abadía de St.-Gall, Toggenburg, la ciudad de St.-Gall y Bienne.

Los países aliados: El Valais —, Mulhouse —, Neuchatel y Valengin —, Ginebra —, una parte del obispado de Basilea, con Val Moutier (Mo.) y Neuveville (Ne.) —, los Grisones y sus súbditos, Valtelina, Chiavenna (Ch.) y Haldenstein (Ha.).

tituida en país prácticamente vasallo, puesto que debía tomar parte en las guerras de la república vecina, suministrarle dieciocho mil